

128
Nº 210

POBRES PÁGINAS.

(BOCETOS LITERARIOS.)

BERNARDINO MARTIN MINGUEZ.

VALLADOLID.

Imp., lib. y almacén de papel
de F. Santaren, Fuente
dorada, 27.

Centro de suscripciones de
Jorge Montero, Libertad,
núm. 4.

1880.

Leg. 3-1 Cuentos 9 - vol 8

POBRES PÁGINAS

(BOCETOS LITERARIOS.)

Es propiedad.
Bernardino Martín Minguez.



VALLADOLID.

Imprenta, librería y almacén de
papel de F. Santaren, Fuente
dorada, 27.

Centro de suscripciones de Jorge
Montero, calle de la Libertad,
número 4.

1880.

HTCA

U/Bc LEG 3-1 nº210



1>0 0 0 0 2 7 0 9 2 7

POBRES PAGINAS

Para la Biblioteca de Sta Cruz

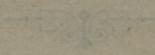
(BOLETIN LITERARIO)

Blanco



Es propiedad.

BOLETIN LITERARIO



VALLEJO
Imprenta, litografía y almacén de
papel de F. Santaren. Frente
Monjas, calle de la Libertad.
Centro de suscripciones de la plaza

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. SANTAREN.—1880.

A la Excm. Diputacion provincial

DE PALENCIA.

Nacido en la villa de Carrion, no puedo menos de dirigirme á la Excm. Diputacion dedicándola mi primera obra, pequeña en volúmen, pero grande en esperanzas. Los que somos débiles buscamos el auxilio de los fuertes; los que trabajamos diariamente en las faenas del siglo por los mundos del pensamiento, no podemos menos de buscar una sombra benéfica para descansar.

Si mi oferta es considerada digna de ser recibida por la Excm. Corporacion que rige los destinos de la provincia, me consideraré agradecido por un favor que no merezco.

Bernardino



LÁNGUIDA es hoy la vida del escritor. Se llama al presente siglo el siglo de la luz y de los inventos, pero porque las luces proporcionan grandes capitales á sus empresarios, y las *acciones* del vapor dan rentas muy pingües.

Los hombres de inteligencia se deben sacrificar si con sus concepciones han de encauzar las corrientes de las muchedumbres, y viven en la modestia pagando á quienes enseñan sus doctrinas; mientras que los intrigantes en cuanto tales, llegan á ser árbitros de los puestos mas encumbrados de las naciones.

Por eso he dicho que la vida del escritor es lánguida. No penetrando por los campos de la política se aísla, y aislado su fuerza tiene un punto de aplicacion insignificante, aunque su intensidad sea muy poderosa.

Y se le coloca en un pedestal despues que ha muerto.

A pesar de tanta dificultad voy á dar comienzo á mis publicaciones con los siguientes apuntes acerca de cuatro mujeres célebres, todas relativamente.

Y doy comienzo á mis publicaciones en una capital de provincia. No queda estampado sin misterio semejante concepto. Sabeis, lectores, por

qué? Porque la prensa de Madrid parece que se desdeña el tener por hermana á la prensa de provincias, y si las empresas teatrales juzgan solamente dignas de sus coliseos las creaciones de los que pasean por la Puerta del Sol, la prensa tiene únicamente alabanzas para las obras de los que viven en la córte española, escatimándolas á las que se publican en el resto de la nacion.

Cuántas obras *anodinas* han sido ensalzadas por la prensa madrileña! ¡Cuántas publicaciones de provincias, notables por muchos conceptos, son conocidas en un pequeño círculo!

Esto no quiere decir que esté yo batallando *pro domo mea*. A mí me gusta que se alabe lo que es digno de alabanza, y se desprecie lo que nada bueno encierra. No mendigo favores de nadie. Pero tampoco me gusta que las *medianias* sean tenidas por notabilidades.

Por lo demás, vosotros lectores, hareis lo que os parezca. Así conoceis mi carácter enteramente franco.

Bernardino Martin Minguez.

EL CORAZON DE LA MUJER.

Es un misterio, pero un misterio lleno de belleza y ternura. Cuantos lleguen á penetrar alguna vez en un santuario tan armónico y encantador tropezarán con miles de preciosidades ocultas á la generalidad de los hombres, pero que con un mediano alcance facilmente se pueden columbrar.

Tras el inmenso y azulado velo del firmamento, por entre cuyos pliegues la incoercible luz llega desprendida hasta nosotros, campea la divinidad; y si en los momentos de bonanza, cuando oscila la multitud de inestinguibles lámparas con que se encuentra iluminada la creacion, y al compás de su armonía universal no podemos menos de reconocer la causa de las causas, pacífica y bienhechora; y si cuando los elementos parecen encontrarse en horrísona y potente pugna distinguimos tambien su magestad sublime ya á través de las rasgadas nieblas, ya en las instantáneas chispas de la tempestad, del mismo modo en la melancólica, lánguida y dulcísima luz de los ojos de una mujer, así como en las lágrimas que de

cuando en cuando ruedan por sus mejillas se ofrecen al mundo los tiernos sentimientos encerrados en vasos tan delicados como recónditos.

Para los hombres frios esto es música celestial, lo sabemos y no lo estrañamos. Muchos hay que en las armonías de la música no distinguen mas que un ruido; para aquellos tambien es un ruido la armonia del corazon del bello sexo.

Pero hay mas. El lenguaje del corazon se expresa con los ojos como el lenguaje del alma se exterioriza con las palabras. Quien no se conmueva con alguna mirada aún no entiende el lenguaje que partiendo del corazon habla al corazon.

Es cierto; todas las miradas llevan envuelto algo de misterioso.

Las niñas que aún no han pisado la mentida alfombra que el mundo las ofrece, emiten los rayos de la inocencia, apacibles y serenos, límpidos y plateados cual la luna en noche magnífica y bonancible.

Siguen aquellas cuyos corazones palpitan á merced del influjo de alguna simpatía alimentada con el maná de la amistad y arraigada con las envidiables zozobras del amor. La luz que estas despiden es mas brillante.

Eficaz y difusa sirve de fulgente aureola á la encantada criatura que la trasmite y se descompone en las pupilas del feliz agraciado á quien se encamina, y ve en los siete colores que la forman los siete dones que el Espíritusanto deposita en ellas. Ahora conocerán todos porqué siempre no hay objeto mas bello para quien ama que aquella en la cual cifra sus amores.

Pero quienes se hallan en posesion plena de lo que un dia fuera el blanco de sus purisimas ilusiones y hoy constituye el colmo de su felicidad, envuelven en su mirar un

mundo riquísimo y variado de dulzuras cuyo manantial bulle al pié del tronco del Omnipotente.

¿Y cómo no? Las ondas luminosas trasmitidas por semejantes ojos llevan envuelto en su blando movimiento el inapreciable consuelo de la inmortalidad. Parten de un centro donde reside el innato deseo de la felicidad. Esa felicidad no la pueden alcanzar sin lo que constituye la mitad de su alma y no sería completa si á semejanza de los fenómenos humanos se hallara envuelta entre las vicisitudes del tiempo.

Óyese de ordinario y tambien nosotros lo decimos: No sé que tiene esa mujer en su mirar, pero es lo cierto que nos cautiva; si es niña, porque su brillo es el de lo inocencia, si jóven porque su brillo es el del amor, para alumbrarnos despues con los fulgores de la inmortalidad.

Voy á hacer una pregunta. ¿Puede comprenderse semejante lenguaje del corazon? No vale dudarlo. Muchos le han comprendido y en la actualidad le comprenden, lo cual no se verificaría siendo imposible.

Mas difícil es responder á lo siguiente: Cuantos se imaginan comprender lo que una mujer dice con su modo de mirar, se engañan ó no se engañan?... estoy colocado en un terreno resbaladizo. Sin embargo, me aventuro á dar la respuesta áun á trueque de obtener plaza de poco versado en la materia.... La mayor parte á pesar de ser un lenguaje tan claro y brillante se encuentra á oscuras. Sé que las verdades amargan, pero las medicinas se toman, de cualquiera clase que sean, sinó con gusto, al menos con buen ánimo de recobrar la salud. Así lo hacen las personas adultas. Para los niños rociamos los bordes del vaso con suave licor. Pero no escribiendo yo para los niños, no creo necesario propinar furtivamente la medicina.

El corazón de la mujer es un misterio, pero un misterio infinito en grandeza y dulzura: es un misterio no lleno de densas nieblas, antes por el contrario, vívido, refulgente é incomprendible, por el exceso de luz que nos ofusca.

Solamente las águilas reales pueden mirar de hito en hito al rey de los planetas.

¿Es poco menos que imposible hacer un análisis de sus miradas?

¿Cómo analizaremos sus penas? ¿ó por ventura nunca sienten en su corazón el rigor de las espinas del tormento?

Oceano inmenso de dulzura, es también oceano inmenso de dolor. Donde caben las alegrías pueden guardarse las inquietudes, las tristezas, las sombrías desolaciones, y entonces ondulan en él mansamente, es verdad, las olas del quebranto, pero su fuerza es poderosa á semejanza de la de los mares profundísimos, cuándo se estiende sobre ellos la fuerza de la tempestad.

Enferma entonces la luz de sus ojos patentiza su vivir sombrío, y sumergido su corazón en las densas y turbias aguas de la amargura, lentamente se extinguen. Peregrinas flores de los oasis de la tierra languidecen al abrasado soplo de sus extensos é infecundos desiertos.

¡Pobres criaturas!... ¡No conocemos su desconsuelo!

El dolor que se comunica puede contarse por aliviado. El dolor se ajiganta si se encierra, y hay dolores que la mujer no puede menos de guardarlos. Bien podemos llamarlas mártires de su secreto.

Tal es lo que me ha parecido escribir acerca del corazón de la mujer. Corto es mi trabajo, pero algunas cosas dan materia para reflexionar mucho tiempo.

Si para mí ha sido una complacencia el escribirlo, quizá lector, también á tí el leerlo te cause algún gozo ó al menos te libre de alguna triste pesadumbre.

Isabel la Católica.

No habeis oido decir con bastante frecuencia que el valor es una virtud negada á las mujeres?

No hay regla sin excepcion: es muy cierto; pero tendrá en sus ojos una venda el que no vea que todas las excepciones sobre este particular sobrepujan de una manera notable á la generalidad de los héroes.

Pone Judit en precipitada fuga al ejército sitiador de Betulia con solo presentar goteando sangre la cabeza del general Holofernes, poco antes separada del tronco.

Débora nos llena el corazon de santo pavor, de ese pavor en cuyo fondo toma principio la idea grandiosa del infinito, por la que nos lanzamos en medio de las empresas mas arriesgadas, para que nuestras acciones sean hijas del heroismo.

Dos son los caracteres del valor.

La serenidad y el arrojo.

Es valiente quien entre un sin número de calamidades conserva su alma vírgen de toda clase de recelo y espera que desfilen en su presencia todos los peligros.

Horacio dijo:

Si fractus Illabatur orbis
Impavidum ferient ruinae,

¿Recordais el episodio de Niso é Urialo quienes en medio de las sombras atraviesan por el ejército de Turno, igualando el número de muertos al de golpes descargados sobre sus enemigos?

Todavía en ellos reía la juventud, mas no fué obstáculo para que introdujeran la confusion y el pánico mas espantoso en los reales latinos.

Isabel es una flor bella y delicada, y se encuentra en campo abierto expuesta á los huracanes.

¿Sucumbirá?

¿La delicadeza de sus pétalos y la debilidad de su tallo podrán resistir á tanto empuje violento?

¿Quién sabe!

Desde que apareció sobre la tierra no ha encontrado mas que fuertes vaivenes y bruscas sacudidas, y sin embargo, cautiva su vigor y lozanía á pesar de la excesiva delicadeza de su textura.

¿Será una flor extraordinaria?

Cierto, pues las perlas de su cáliz han de quebrar por vez primera los rayos del sol de entre ambos mundos.

¿Cuántos aromas derramará en Castilla, y sobre todo despues que penetre por los cármenes de Granada!

Vedla, es aún muy niña.

Tiene las megillas ruborizadas al considerarse indigna de su futura grandeza.

Señales de tristeza marcan su abatida frente.

No hay que preguntarla por sus penas. Las mata en su corazon.

¡Qué mar tan sereno en la superficie y que terrible en el fondo!

Ella misma se martiriza.

Las penas en el corazón de una mujer son torrentes de lava; lo abrasan todo por donde corren: allí mueren, es verdad, pero con su muerte causan la del ser que las depositara en lo más íntimo de sí misma para que nadie trasluciera su desventura.

¡Y las penas que son fruto de la ingratitud de nuestros allegados no pueden menos de ocultarse!

Los seres colocados fuera de su lugar se encuentran en un estado violento.

Isabel había nacido para el trono, y solo en su altura pudo encontrar algún consuelo.

No era por verse enaltecida, pero sí á causa de hacer más general el bien.

También ella, al subir al trono, ofreció por trono su co razón á la bondad.

Al reconocerla Castilla por señora, llegó á alcanzar que en la mente de su soberana se creaban proyectos hasta entonces desconocidos. Teníanla por sobrenatural, y sus empresas en cierto modo lo demostraron.

A fuerza de constancia hizo florecer, bajo la sombra del s6lio, la flor de la paz interior.

Pensaba un dia en el moro y se la presentó un guerrero.

—Señora, la dice, el árabe se ha negado á pagar los tributos, y las piedras de Zahara estan manchadas con sangre de nuestros valientes.

—Bien, guerrero.

Él mismo ha escrito su ruina con la sangre de mis hijos.

Brotan héroes donde cae sangre castellana. No es venganza, es justicia.

¡Ay de los moros!

En tiempos anteriores cubrieron el estrecho con sus naves.

Las orillas del Guadalete se asombraron con una traicion inaudita.

Aún andan vagando en señal de expiacion por aquellos sitios las sombras de Dón Julian y de D. Oppas.

¡Su desventura será eterna!

Los crímenes contra la pátria tienen una pena interminable.

Granada por Castilla, guerrero.

¿Habeis visto la vega de Granada?

Es un pliegue del pabellon del cielo llegando hasta la tierra. Las ondas del Genil están formadas con lágrimas de ángeles. Brotan de sus pupilas en el momento en que su purísimo amor hácia el Todopoderoso llega á lo mas perfecto.

¡Á qué extrañar nazcan en sus márgenes flores tan peregrinas!

Las flores del paraiso tenian una sávia terrena.

Las flores de Granada la reciben del cielo.

¿Cómo no habia de conquistar Isabel lugar tan encantado?

Ella en medio de los guerreros nace una victoria
doquiera fije su vista.

¡El islamismo conoce próximo su fin!

Alá ha huido de la Alhambra al distinguir los brillos
de la cruz, y el árabe no tiene amparo.

Una noche pasaba tranquilo sin recelar los ataques
del cristiano, y al despuntar el sol abre las puertas de la
ciudad y conoce que han llamado.

Halla un puñal, cuya punta introducida en la puerta
de la mezquita, sostiene un pergamino donde está escrito
—*Ave María*.—Sabian los árabes que una señora del
mismo nombre habia sido llevada en señal de triunfo por
las calles de Sevilla, luego que se rindiera el alcázar á
San Fernando.

¿Qué hacer?

Darse por vencidos ante el valor del castellano.

Moría el sol con la tarde, y despues de saludar me-
lancólicamente á la luz que acelerada desaparecia de los
remates en los afiligranados ajimeces, dieron á la ciudad
el último adios; pues sus esperanzas se desvanecieron
con las lumbres del crepúsculo.

No hay mas resplandores que los de la cruz en el
campo cristiano.

¿Qué verán al pié de tan gloriosa enseña?

Allí estaba Isabel esperando al nuevo sol para ordenar
sus tropas y penetrar en la ciudad.

¡Heróica mujer! Tuya es Granada. Toma la cruz y que
su sombra caiga sobre las bellezas de la Alhambra.

¡Granada por Castilla!

Ha vuelto Isabel á su córte despues de sus triunfos y está triste.

Siente un vacío; se encuentra cerca de descubrir su fondo y al considerarse próxima al triunfo cae desvanecida.

Algo trascendental maquina la reina, se dicen unos á otros sus servidores. Grande, muy grande debe ser la empresa cuando tanto se fatiga.

Tal vez en un momento de éxtasis producido por la inspiracion y que ella denominaba sueño, distinguiera lo que hasta entonces estaba en las sombras.

¡Cuánto fatigaba su memoria!... pero el recuerdo era imposible.

Los conceptos de la inspiracion no recogidos en el instante se vuelven á la nada.

—Señora, un hombre desea vivamente ver á su Alteza.

—Que pase.

—Quien entraba era Colon.

—¿Que deseais?

—Señora, dar á Castilla un nuevo mundo.

—¡Ah! ¿Eres tu el marino genovés?

—Yo soy, Señora.

—¿Cómo no ofreces ese nuevo mundo á tu pátria?

—Señora, mis paisanos me han despreciado. Nadie es profeta en su propia pátria.

—¿Teneis seguridad de la empresa?

—Aquí teneis mis cartas.... ved mis cálculos. La existencia de un nuevo continente es necesaria. Y el camino.... el marcado con esas curvas.

—¿Qué necesitais para la empresa?

—Señora, naves y marineros acostumbrados á la furia del ponto.

—¿Nada mas?

—Fé en la seguridad de los descubrimientos.

—Colon, si Castilla no tiene bastante, mis tesoros están á tu disposicion. Arregla la flota.

Poco tardó en hacerse á la vela. No pocas veces las ondas furiosas al sentir sobre sí moles desconocidas, quisieron sepultar en su seno á los atrevidos.

¿Desistirá Colon? Jamás.

El genio de Isabel I préstale ánimos en medio de la desconfianza de sus compañeros.

¿Qué distinguen á lo lejos los navegantes que une el cielo con los mares?

¡¡Tierra!!

¡Gloria á Isabel! ¡América por Castilla!

Espera Isabel á Colon y al penetrar por su estancia, esclama:

—¡Gloria á Colon!

Mi corona es la corona de los dos mundos. Tu la has puesto sobre mis sienes. ¿Cuál será tu recompensa?

—Mi recompensa es vuestra grandeza.

Para mí.... parece que siento el seco resonar de las cadenas.

¡Ah! Los grandes beneficios se eslabonan con las grandes iniquidades.

Señora.... he dado la luz á un mundo, y para mi se preparan las sombras de un calabozo.

Murió Isabel, y Colon murió entre cadenas.

¿Qué os parece, lectores? ¿Había grandeza de alma en Isabel la Católica?



ISABEL DE INGLATERRA.

¡Isabel de Inglaterra! ¡La hija de Enrique VIII y de Ana Bolena!

¡La anatematizaremos?

Sería propio de espíritus ligeros el hacerlo de un modo absoluto.

Verdad que su corazón fué un profundo lago de ódio y crueldades; pero como reina ocupa uno de los mas altos pedestales.

¡Quereis una prueba irrefutable? Recordad solamente que en todo tiempo fué la mano negra para Felipe II.

—
¡Y que os parece, si este rey hubiese alcanzado tenerla en su poder, lleno de un místico celo la entregara al *santo tribunal* de la Inquisicion, para que en medio de abundantes y ruidosas llamas fuese víctima expiatoria á las iras del Eterno?

¡Quién lo duda! Ébrio de placer no hubiese tenido inconveniente alguno en llevar sobre sus reales hombros un haz de leña para tan bello sacrificio. ¡Qué gozo para él ver fundirse el oro de la corona de aquella reina entre el fuego inquisitorial!

En uno de aquellos días en los cuales nadie se determinaba á acercarse á su persona, subi6se al cerro donde existe la silla célebre de piedra, para contemplar desde allí sentado las obras del Monasterio del Escorial. Sin duda por la fatiga de su entendimiento, á fuerza de pensar para el gobierno de los dos mundos, sin quererlo, estaba dormido.

Ya la luz del poniente sobre aquella cara especial tomaba un color tan extraño que ningun pintor podrá reproducir jamás.

Y sin6, decidme; ¿habrá alguno que pueda conocer á fondo el alma de la tiranía?

Solamente el médico, fiado en la autoridad de su profesion, tuvo atrevimiento para llegar á su presencia y se encontró con que dormia y soñaba lo siguiente:

La muerte..... ¿qué importa? Los reyes son reyes por derecho divino, y esa Isabel es la encarnacion de la Reforma.... al Santo tribunal.... Bueno que sienta el infierno aun en este mundo.... La reina de Inglaterra á la Inquisicion.... Yo llevaré la leña y luego yo.... tambien rey de los ingleses.

Despiértale su médico, y conoce lo vano del sueño y exclama: *¿Yo rey de los dos mundos sin poder realizar un sueño?*

—¿Qué ocurre?

—Nadá, señor; he creido conveniente despertar á su magestad, porque el aire es algo frio y no es tampoco de los mas sanos.

—Moriria en paz si lo que he soñado se verificase, respondió el rey.

Tales eran los sentimientos de Felipe II respecto de su verdadera enemiga. Que no debemos hacernos ilusiones. Á medida que uno se precia de ser mas cristiano, desde el momento que aborrece lo hace con ódio inconcebible.

¿Por qué los hombres beatos, ó que al menos fingen serlo, son tan rencorosos y juzgan por lo general tan apasionadamente de las acciones nobles de los demás? Responda alguno de ellos.

Nosotros, á pesar de todo, no seremos arrastrados por la corriente de sistemáticos ódios, y sin embargo, atendiendo á los altos principios de la conciencia y de la piedad, haremos ver la refinada maldad de Isabel.

Muy sombrías son las brumas del Támesis, pero aun mas lo era el espíritu de su soberana. Á causa de su oscuridad muchos desconociendo la furia de sus aguas han perecido en su fondo; y la tranquilidad ficticia de Isabel ha servido tambien para alucinar á los incáutos y así fuesen víctimas de sus caprichos violentos.

¡Cuántas glorias se han convertido en destrozos en lo profundo del rio de la ciudad de Londres! ¡Cuántas virtudes han perdido su esplendor con el aliento de Isabel!

El perjurio es la negacion del alma. No hay alma sin verdad. ¡Infeliz del que á sí mismo se compara con los seres inertes! ¿Podrá irradiar alguna vez luz propia de amor y bondad? Nunca.

Cuando un árbol está sano se conoce por la fuerza de sus ramas y lozanía de sus hojas. María Tudor examinaba atentamente las obras de Isabel y encontraba que tenian un doble principio. La soberbia y la crueldad. ¡Qué union tan monstruosa!

¡Pobre María Tudor! Hasta en el instante mismo de su muerte no pudo menos de sentir la rígida frialdad de las palabras de Isabel.

Espera la muerte que Isabel satisfaga á la pregunta de María, para que esta deje de pertenecer al número de los vivos. *Oye, la dice, dudo con bastante fundamento de tu catolicismo. Próxima á morir, no tengas inconveniente en franquearme tu corazon; si eres en un todo católica, para escitarte á la perseverancia; y en caso contrario, para que decididamente acates sus verdades.*

Pero Isabel, dudando si alcanzaría el trono ante una afirmacion categórica, creyó conveniente hacer un falso alarde de sus creencias. *Soy católica, apostólica, romana; y mi fé es indestructible.* Para ella la falsedad era equivalente á un trono. ¿Qué la importaba lo demás, realizando su sueño de ceñirse la corona del pueblo mercantil?

Cuando uno dice lo que siente para engañar á otro, patentiza que la luz de las verdades en él encerradas tienen un falso brillo. Cuando del engaño resulta algun perjuicio, brota además de ellas la axfisia.

Triste condicion la del mortal que se deje embaucar de seres tan perjudiciales, pues únicamente servirán al que no busca en ellos mas que despojos, para elevarse sobre todos á costa de los incáutos é infelices.

Desdichados de aquellos para quienes todos los medios son buenos con tal que conduzcan al fin que se proponen, pues no tendrán el mas mínimo inconveniente en atravesar torrentes de sangre y conculcar todas las conciencias honradas á trueque de verse en la cumbre de lo que ellos denominan gloria. No hay gloria cuando hay oscuridad en los hechos de la vida de cualquiera, y menos cuando no resulta de ellos algo digno de alabanza. (*Gloria est clara notitia cum laude.*)

Pequeña era la bola de nieve en la cumbre de la montaña: crece á medida de su descenso y al llegar á las estribaciones derrumba las chozas, cabañas y caseríos, y despues de tanta destruccion, al caer en el fondo del valle, hace salir de su cauce al rio que en él se desliza, para que no quede rastro del trabajo del infeliz colono.

Isabel habia hecho aparecer su alma brillante á los ojos de María Tudor, pero en realidad no era mas que un centro de sombras. Al menos hubiese sido ventajoso que en ellas reinara solamente el vacio, pero habia un núcleo de fuerzas terribles, las cuales habian de producir tempestades horrorosas.

Llega el momento de su elevacion al trono: se necesita un juramento para que Albion la acate como Señora; y entonces ella en presencia del Episcopado que se le exigia, jura ser católica, apostólica y Romana. En María Tudor engañó á la humanidad: en los obispos quiso engañar á Dios; y si la humanidad en su oleaje despide á la orilla á sus hijos fementidos, Dios rechaza de su seno á los que no llevan en sí mismo el distintivo de la inmortalidad, la verdad.

Jura en falso y sube al trono. ¿Donde anida la ambicion puede aparecer la justicia? Quien dice justicia dice igualdad, quien dice ambicion presenta al egoismo: la justicia dá á cada cual lo que le pertenece; la ambicion lo quiere todo para ella sola. Cuando reina la justicia florecen las naciones; cuando la ambicion impulsa á los gobernantes, sucumben los imperios despues de pasar por una denigrante servidumbre.

Cuando la soberbia no encuentra bastante ayuda en la falsía echa mano de la crueldad. Si se presenta á las claras, menos mal, podrá evitarse el golpe. Cuando se siente el ruido de las vigas que se quiebran en una casa ruinosa, puede uno encontrar su salvacion en la carrera: cuando el cataclismo es silencioso perecen todos bajo los escombros. Mugiendo el mar fuera temerario tener confianza en sus ondas; cuando la tempestad es en su fondo ¡cuántos infelices se ahogan!

¡Qué sima tan horrorosa é insondable es aquella donde se guarece la crueldad hipócritamente vestida de cariño y ternura!

¡Pobre María Stuard! Reina de Escocia fué lanzada del trono á causa de sus virtudes. Aquellos súbditos

crueles é ignorantes, no conocian que la ruina de su soberana llevaba encadenada la suya. ¿Qué hacer la infeliz María al verse en completo abandono? Tórtola lanzada de su nido no sabe donde plegar sus alas, temiendo siempre caer en las garras de las águilas. Siempre indecisa, intenta guarecerse bajo la sombra del sólio de su prima, pero retrocede sin darse cuenta de cómo tiende su vuelo en opuesto rumbo.

Huye, sí, porque la sombra que buscas, es la sombra de la muerte.

¡Vuelve! y la infeliz penetra por las habitaciones reales. Está perdida. María encuentra á Isabel llena de cariño y mansedumbre. Para ella Isabel será su amparo. Tal creyera fiándose de las apariencias, pero no conoce que tras la dulzura hipócrita de su prima se encuentra su perdicion.

Isabel tiene en la mano la presa: ¿la soltará?

Difícilmente.

Tiene una reina en su poder, y quiere hacer ver que dispone de la autoridad real lo mismo que de un criminal.

Su orgullo no encontrara límites si tuviera medios para llevar sus planes adelante.

Con sus perjurios quiso engañar á la humanidad y á Dios; con la muerte de su prima patentizará al mundo que no quiere mas autoridad real que la suya.

¿Qué había hecho María Stuard?—Nada.

¿Por qué la odiaba Isabel? Porque Isabel era la encarnacion de la maldad y del orgullo, y María la inocencia y la humildad.

¿La condenará á muerte? ¿Porque nó?

¿Pueden caber en una mujer pensamientos tan crueles? No es lo general, pero en Isabel aún es poco. Al echar por tierra la corona ensangrentada de su prima, se complace al imaginarse que podrá hacer lo mismo con las de los demás monarcas.

¡Pobre María! Sin amparo en la tierra y sin otra esperanza que la de la inmortalidad, presenta al verdugo su níveo cuello, y al golpe del hacha rueda su cabeza.

¿Qué desastrosos son los efectos de la soberbia!

¿Estará tranquila Isabel? No es posible, sancionara un crimen.

Su conciencia era el campo de batalla donde luchaban horrorosos remordimientos.

Pero, sin embargo, aún no está satisfecha. Solamente faltan sus ataques contra Dios. Nada en la tierra puede hacerla sombra, y por eso intenta ver si consigue más que los ángeles soberbios.

¿Quién como yo? eselama.

Escalaré aunque sea el infinito, y para ello protesto contra el catolicismo

Una mujer en el paraíso nos hizo perder el estado de la inocencia; pero aquella culpa fué en cierto modo feliz. (*Felix culpa quæ tantum meruit redemptorem.*)

Isabel pretendió lanzarnos del estado de la gracia: fué la reforma encarnada.

Voy á concluir de la misma manera que he empezado: ¿Si Felipe II hubiera podido tenerla en su poder, celebrara con ella un auto de fé? La respuesta no me parece dificultosa.

MERCEDES.

LA hermosura humana colocada en un trono se convierte en angelical.

Los ángeles mas perfectos que salieron de la mano del Creador, al verse en una posicion tan brillante cegáronse por su soberbia, pasando de repente del reino de la luz el inmenso cáos de las sombras.

¡Infelices!

Una niña, bella como las rosas de Jericó, mecida en la cuna entre los murmullos de los cinamomos sevillanos, sube desde el trono al cielo, y desde el cielo al sólio del Omnipotente.

¡Bienaventurada niña!

Aquí teneis, lectores, unos seres sobrenaturales por un lado, y una débil niña por otro.

Los unos, en el abismo; la otra, en la inmortalidad gloriosa.

¿Quién lo explica?... Es cierto que hay mucho de misterioso en la caída de los ángeles, pero no se encuentran menos misterios en la elevación de una niña, poco menos que á lo sobrenatural.

¿Cuál fué la causa del castigo de los primeros? La desobediencia.

En qué faltaron? ¿*Quis sicut ego?* «*Quien como yo,*» fué el acento que resonára, entre ellos, en contra del Omnipotente.

Culpa especial, en la que nada intervino la materia; pues carecían de ella. Por eso fué tan grande su pecado y tan instantáneo el castigo.

Luego el espíritu solo puede delinquir. Esto no quiere decir que todos los espíritus puedan mancharse con el lodo de la culpa.

Ciertamente, y en donde se encuentra unido á la materia, de él únicamente nace la responsabilidad: en él únicamente se encierra el libre albedrío.

Cuanto mas perfecto sea el espíritu, mas conoce y mejor. La calidad en el conocimiento acerca mas y mas á uno al Ser Supremo. Solamente hay verdadera libertad para penetrar en las recónditas intimidades del infinito, cuando mas lejos se encuentra uno de la materia.

De aquí resulta que las acciones encierran mas quilates de bondad, cuando á pesar de hallarse encerrado en los moldes materiales, ó bien conserva su pureza ó se adorna con preciosísimas virtudes.

La materia está sujeta á las leyes de la gravedad y camina por su propia naturaleza al centro, tiende á sepultarse en un abismo: el espíritu, al contrario, trabaja para remontarse á nuevas esferas, y de aquí resulta la lucha en el compuesto humano. Teniendo á raya el espíritu la fuerza de las pasiones, se alcanza la virtud. El dominio

completo sobre ellas elévale á la santidad. Cuando las pasiones le atemorizan, tropieza y cae en el vicio; cuando le dominan por completo, lleva su rumbo á la sima de la perdicion.

Las mañanas de verano en los jardines de San Telmo en Sevilla, no pueden describirse. Se necesita un conocimiento íntimo de la naturaleza, y el entendimiento del hombre no puede sinó á duras penas conocer algunas de sus intimidades.

Una mañana en especial llegó al extremo su belleza.

Mercedes, fatigada en los primeros instantes del sueño, no habia podido despues adquirir la calma, por lo que al aparecer los primeros rayos del sol la sorprendieron en medio de las flores.

Estas, con tan inesperada visita, empezaron ufanas á abrir sus cálices para tributarle el rico y purísimo presente de su primer aroma y con el lenguaje de sus colores le dieron la bienvenida.

¡Pobre niña Mercedes! Habia soñado que seria reina.

No como en el sueño de José, se levantaban unas gavillas, y poniéndose en su presencia la adoraban, no: pero habia visto que sus hermanitas colocaban sobre sus tiernas sienes una corona, la de España.

Como su corazon fué siempre un nido de virtudes, y entre ellas dominaba la inocencia, y la inocencia se acobarda cuando se la encumbra, como que tenia miedo. Tal fué la causa de su intranquilidad.

Ya se encontraba el sol, aunque no á mucha altura, á la suficiente para que su imágen apareciera dentro de las aguas aprisionadas en las fuentes.

Cosa de niñas. Se apresura para contemplarle de cerca, pero su vista era demasiado delicada; insiste, y vé una orla de colores cubriendo su frente.

Un fenómeno natural venia en confirmacion del sueño.

¡Hasta los halos del sol tenían empeño en coronarla!

¿Y Mercedes?... Se sobrecoje y tiembla.

En la escala que hay desde el cielo hasta la tierra, destinada para la subida de las criaturas mundanas que se vuelven ángeles, ocupa ya Mercedes uno de los últimos escalones.

Llegará al cielo antes de ser reina, ó su reinado será solamente entre un coro de vírgenes, en el empíreo?

Cuando se dá una limosna á un pobre, se nota en el alma una especial complacencia!

¡Qué extraño es! Tanta fuerza tiene el aroma de las virtudes, que no hay intimidades en donde no penetre, y sobre todo el aroma de la caridad.

Cierto dia, una niña pobre logró encontrarse en presencia de Mercedes.

Pedia una limosna.—Pobrecilla, dijo: y una lágrima rodó por sus megillas.

No llevaba dinero, y pidiéndoselo á la que la acompañaba, lo puso en manos de la infeliz, preguntándola:

—¿Dónde vives?

—No tengo casa.

—¿Y por las noches, estás á la inclemencia?

—A la inclemencia; sí, y en los portales de las iglesias.

—¿Y tus padres?

—No sé....

—¿Ignoras dónde están tus padres?

—He oido que se han muerto.

—¿Sabes rezar?

—Si, señora.

—¿Dí, pedirás por mí?

—Tambien.

—¿Y qué vas á pedir?

—La corona de San Fernando.

—¿De que San Fernando?

—Del que está en la capilla; una corona de reina.

Una luz especial desprendióse entonces de los ojos de Mercedes; luz que brota solamente cuando algun pensamiento noble se levanta en el templo del alma. Como la inocencia y la humildad no pueden menos de hacerse compañía, creíase indigna del trono, precisamente cuando semejantes sentimientos son el verdadero y mas corto camino para alcanzarle con seguridad.

Iba creciendo Mercedes, aun en medio de fuertes temporales y borrascas, como las palmas en el desierto, y donde quiera llegaba á presentarse, indicaba ser un verdadero angel de paz.

En el círculo de las grandezas humanas ocupaba el centro, desde donde las abarcaba de un vistazo.

¿Qué verá en ellas? Un continuo y agitado movimiento como de mares poderosos, donde los mas desaparecen en

su fondo al dejarse engañar por las bellezas de la superficie.

Su única aspiracion era por el cielo, así que nada la importaba el rugiente hervor de tanto oleage.

Llegó el dia del aniversario fúnebre de uno de nuestros monarcas.

Los funerales se celebraban en ocasion de asistir la Infanta.

Atenta siempre á los tristísimos cantos que la iglesia consagra á la memoria de los difuntos, pasa en aquellos momentos revista á cuantos sostuvieron sobre las sienes las coronas de los imperios.

¿Qué resta de su grandeza? Nada, se respondia, si no contamos con sus buenas obras.

¿Qué diferencia existe entre los monarcas y plebeyos despues de la muerte?... Ninguna.

¿Qué valen las coronas para la otra vida? Tal vez un aumento de expiacion.

Esto se decia á sí misma, mientras en el coro resonaba el sublime cántico de Job.

«El hombre es un campo sembrado todo de miserias. No tiene mas vida que una flor: pequé, ¿qué he de hacer en tu presencia, ¡oh! guardador de los hombres, para mi expiacion?»

Ya no quedaba mas que el triste recuerdo en la mente de los que abandonaban el templo. Aun el humo de los enlutados cirios se desvaneciera.

Pero solamente Mercedes daba á entender con la melancólica luz de sus ojos que en su mente tenia lugar un pensamiento sublime.

¿En qué pensará la Infanta? se decían unos á otros? En la eternidad, respondió ella al oírles. Luego asistireis á los funerales de una reina.

¿Profetizára entonces su suerte? Bien la traslucia. Únicamente la faltaba un escalon para subir al cielo.

Tales palabras de Mercedes, y dichas en momentos especiales, parecieron grabarse de una manera indeleble.

Pero las ideas tristes son muy efímeras en los pensamientos de quienes nadan en felicidades mundanas. Impresionan en el instante, mas al poco tiempo, ni aun rastro quedó de ellas.

Mercedes está destinada para reina. Tal fué el eco unánime de la nacion española. Los que á fondo la concian vieron en la determinacion del rey el justo premio para las muchas virtudes de su prima. Merecia un trono, es verdad, ¿pero solo el trono podia ser el premio de su inocencia?....

El pensarlo fuera en su desdoro.

Infeliz entonces del mortal virtuoso que vive en la miseria. ¡Ah! ¡la virtud encuentra á veces parte de su debida recompensa en la tierra, pero el verdadero premio le recoge mas allá de los bordes de la tumba! Y al contrario ¡cuántos hombres ingratos, desleales y fementidos hemos visto en la cumbre de la grandeza humana, aunque no hay verdadera grandeza cuando la conciencia de la generalidad maldice la osadía de semejantes seres!

....; *Quid non pectora cogis*
Auri sacra fames!

Era un dia espléndido. El monarca español sale de su alcázar real en direccion al templo de las glorias españolas, y en presencia de la Virgen de Atocha y á la voz del sacerdote, se funden dos almas en una; Mercedes ya es reina.

—
 ¿Fueron espontáneas las manifestaciones de gozo hechas entonces por la nacion? ¡Quién lo duda! Los ángeles son amados por todo el mundo.

—
 ¿Y para Mercedes, qué significaba el trono?

Lo último de la tierra, para desde él volar á las moradas eternas.

—
 Llegada al término de su carrera, á medida que la lumbre del cielo iba penetrando mas y mas en su mente, la luz terrena de sus ojos se extinguía, aunque lenta, sensiblemente.

—
 Se vigoriza su espíritu, y no pudiendo ser contenido en tan estrecho espacio, rompe las ligaduras de la carne, y limpio como la blancura de la nieve cruza los mundos hasta llegar al Eterno.

Ayer dia de alegría; hoy solo tristeza y luto.

—
 Si puede llamarse muerte ser trasplantada una flor terrena en los jardines de la gloria, Mercedes ha muerto.

Pero no; inocente y cándida no tenia su propia morada en la atmósfera pestilencial de tantos vapores y gases.

¿Qué habia de hacer sinó volar al cielo?....

El siglo de las luces y de los inventos no es el siglo de los ángeles.

UNA MARTIR.

Señora, si tal vez estas líneas llegáran á vuestra presencia, dispensadme: las escribo solamente porque los mártires deben ser alabados por todas las gentes. ¿Qué sentirá vuestro corazón?... Lo sospecho. Sois la mujer del siglo XIX y en la emperatriz Eugenia hay que considerar á su siglo.

¡Recordais, lectores, la fecha del 93? ¡Época terrible para la Francia! ¡Cuanta víctima! La humanidad de cuando en cuando experimenta ciertas sacudidas por las que muchos sucumben, pero ante tales desastres sigue triunfante el progreso su marcha. Para que el siglo XIX fuese el siglo de las luces era necesario que las últimas tinieblas fuesen precipitadas en los abismos. ¡Y no hay instantes peores que los últimos de la existencia en todos los seres!

Las tinieblas manaban de las monarquías absolutas y los tronos de estas tenían unas raíces profundísimas. ¿Podían ser arrancados sin conmociones tremebundas? Claro está que no.

Entre las sombras que huían apareció un gigante. El génio de Napoleon I paseó las águilas por el mundo. Hijo de la libertad quiso mas tarde sacrificarla. En parte lo llegó á conseguir, pero espizó su crimen en una roca entre el rebramar de las mares.

Un cadalso fué la noche para la monarquía secular de la Francia; y entre ruinas y sangre brotó el imperio.

Volvió á gemir encadenada la libertad, pero encontrándose ya con mayor pujanza ahogó en un pequeño rio la ambicion del hasta entonces omnipotente. Desde las pirámides hasta las murallas de Cádiz se encontraban los destrozos de sus batallas; ¡y sola una cinta de arena le aprisionaba despues, formada entre el murmullo de las olas cuando saludaban á la isla de Santa Elena. ¡Expiacion tremenda! El mundo para su ambicion no era mas que un átomo, y él se encuentra convertido de repente en átomo de una isla!

A su voz de mando recogieron sus legiones las coronas de los príncipes y monarcas, y despues el ruido de las aguas apagaba los ecos de sus quejas.... Así acabó la gloria del primer emperador de la Francia.... anegada.

¡Pero había de ser el primero y último de los Napoleones que tuviera en su mano los destinos del pueblo francés?... Uno de la misma familia, pasando el tiempo, llegó á ser cónsul y entre los ruidos del Sena se oyen los vítores al proclamarle emperador.

Antes de ascender á tan encumbrada gloria quiso admirar las bellezas del génio oriental, y oír los ecos misteriosos que se derraman por las aéreas molduras de Granada.

Allí admiró Napoleon la esplendidez de las noches, las armonías y fulgores matinales, la mágica belleza de las flores, las doradas ondas de los rios y losafiligranados trabajos de los génios orientales. ¡Qué mas ansía?! ver sus ángeles.... Lo consigue y ofrece á la primera de sus bellezas compartir con ella su gloria. Era Eugenia!

¡Eugenia! su frente como el cielo de Andalucía; sus mejillas las flores de aquellos cármenes; la lumbre de sus ojos la reflejada en las doradas aguas del Darro y del Guadalquivir, y su cabellera el encantado nidal de los aromas de la Alpujarra.

¿No era digna de tener un trono sostenido en las coronas de las águilas imperiales?... París la recibe en su recinto admirando á la española, y al penetrar en las Tullerías nuevo esplendor reciben las grandezas en ellas encerradas.

Los pobres de la Francia ya tienen una madre. La ciudad imperial será admiradora de sus sacrificios. Los infelices que gimen en los hospitales tendrán en ella una hermana.

¿No recordais la horrorosa mortandad de Amiens cuando la peste colocó en ella su asiento?... Las aguas del Soma parece que llevaban la muerte en su oxígeno. ¡Cuantos desgraciados yacian en los hospitales para ser luego conducidos á los cementerios!

La noticia, no bien hubo llegado á la capital, derramó por ella la consternacion mas espantosa. ¿Quién irá en auxilio de tantos infelices?... La emperatriz.... Como española sabe que la caridad es el mayor blason de las almas grandes. Morir en sacrificio de sus moribundos hijos es la verdadera gloria que conduce á la inmortalidad.

Llega á conocimiento de la nobleza la determinacion de su nueva soberana. ¡Pobre señora, exclama! Camina hacia el martirio.

Los cortesanos quieren separarla de su empresa. ¿Qué? ¿temeis por mi existencia? les dice. Señora, nada respetan las epidemias, contestan. Es verdad, ¿pero la muerte no viene de muchas maneras?... He nacido para el martirio y tal vez sea llegada mi hora. Solamente sentiría que la muerte se deslumbrara, en ocasion semejante, con las galas imperiales. Puesto que la Providencia me ha colocado en el trono de la Francia, y el trono de la Francia debe ser el amparo de los franceses, suya es mi vida. Quiero sucumbir en medio de tanta víctima.

¡Accion heróica! Aparecía entre los apestados como el ángel del consuelo en las campos de la desesperacion. Con su sonrisa cariñosa mitigaba los ardores de la fiebre, y con sus palabras llenaba de dulces esperanzas á cuantos conocian la próxima separacion del espíritu y de la materia.

Un día sobre todo, la mortandad fué muy numerosa, y los gritos de los atacados, en los últimos instantes de su existencia, presentaban el tremendo cuadro que pinta el Dante en un cielo sin estrellas, lleno sólamente de horrosos lamentos.

Como si de antemano se hubiesen puesto de acuerdo, aparecen en una misma sala de desgraciados el venerable obispo de aquella ciudad y la emperatriz:

—¿A dónde vais, Monseñor, le dice la emperatriz?

—Vengo á ver á la Magestad imperial convertida en hermana de la Caridad.

—¿Os admira?

—Quién lo duda? Hoy los grandes de la tierra se desdennan hasta de mirar al pobre.

—¡Ah Monseñor! quiera el cielo permitirme auxiliar á mis hijos cuando se encuentren en algun trance terrible, como lo hago ahora con mis súbditos infelices.

No pido mas; pero quizá no sea oida; de todos modos acato los juicios del Omnipotente.

Y vos, Monseñor, ¿no teneis miedo á la muerte?...

—Señora, á la entrada de mi palacio encontrareis unos cuantos operarios que me están labrando la sepultura. ¿Qué os parece?... Si me inspirara temor, hubiera yo dado semejantes órdenes? (1)

(1) En el mes de Noviembre de 1869 vió el autor de estas líneas la sepultura concluida. Monseñor Boudinet era un hombre verdaderamente apostólico. Una prueba verdaderamente notable es que durante su vida ningun pariente ocupó plaza alguna en aquella notabilísima Catedral, cosa que aunque en realidad no sea simoniaca, no por eso deja de oler á semejante debilidad, condenada por la Iglesia. No digo esto con malicia; pero si alguno lo cree así, que se aplique lo que le convenga.

Concluyó la peste de un modo poco menos que prodigioso, y la emperatriz volvió á París despedida por los Ambianenses con lágrimas de consuelo.

¿Qué falta á la emperatriz para que sea el verdadero ídolo de Francia? Nada. Pero analizaremos los hechos posteriores y las consecuencias serán terribles.

Napoleon III llevaba la misma senda que su tío, sin que el escarmiento de Santa Elena fuese para él una lección provechosa.

O por ventura Dios cuando quiere echar por tierra á los soberanos de la naciones les ciega por completo á la verdad, dejándoles solamente expedita la facultad de oír á sus rastreros aduladores?

Así parece á todos cuantos tienen una pobre noción del ser Supremo. Pero nó. Dios dispone las cosas de tal manera, que el hombre mismo por sola su voluntad libremente se prepare la ruina con sus desaciertos: y cuando se edifica segun los planes de la adulacion, la fábrica no puede menos de derrumbarse. La adulacion es la mentira bajo su aspecto mas precioso; y la mentira es el caos, el vacío, la nada: cuanto se sustente sobre una columna de tal naturaleza se hunde sin remedio.

Entre la Alsacia y la Lorena creyó distinguir un dia el tercero de los Napoleones un nuevo resplandor de gloria, y era verdaderamente la luz funeral para el imperio.

Los bellísimos contornos de Strasburgo recibieron bajo su sombra á los hijos del Rhin: los formidables

baluartes de Metz se convirtieron en cárcel de sus defensores; los campos cataláunicos creyeron que Atila batallaba de nuevo en sus llanuras, y entre el humo de las fábricas de Sedan mezclado con el de los cañones prusianos, se deshace el imperio francés, siendo cogido su soberano en calidad de prisionero.

¿Sabeis, lectores, lo que fué París al tener conocimiento de tan inesperada catástrofe? Una ciudad poblada de estatuas en las que el dolor se representaba al vivo.

En medio de un silencio sepulcral, Eugenia sale con su hijo en busca del vencido Napoleon. Antes, ... señores de la Francia, ya, ... solamente esposa é hijo de un simple prisionero. Mas aún: la que se hiciera mártir de la caridad se vé poco menos que obligada á vivir en un destierro en medio de los que encadenaron á su tio. Segundo martirio, al verse caída de tan encumbrada dignidad. El primero lleno de grandeza, heróico: el segundo inspira una compasion propia para magestades destronadas. ¡Desconsolada señora! por donde quiera que caminase en los tiempos de su poderío derramaba beneficios á manos llenas... hoy por donde quiera que pise no encuentra mas que punzantes cambroneras. Triste suerte, simbolizada en los lirios de los valles profundos, que despues de dar colores y aromas á cuantos los admiran, son despiadadamente arrastrados por las ondas de las torrentes.

¡Desconsolada señora! Pero si perdisteis la corona, aún teneis esposo, aún teneis hijo, aún teneis madre:... Pero, qué digo? *Ya no teneis esposo...* Al poco tiempo de haber visto sus águilas completamente destrozadas, ha muerto bajo el frio cielo de la incomprensible Albion.

Ya no teneis hijo: Ha muerto regando con su sangre la maleza del terreno africano, al frente de unos cuantos ingleses peleando contra el sencillo Zulú.

¡Y tampoco teneis madre! Destronada, viuda, madre sin hijo é hija sin madre os ha *permitido* vuestra antigua ciudad imperial, hoy republicana, atravesar por su recinto para que pudierais ver en los últimos instantes á la moribunda condesa de Montijo, y... habia muerto.

Señora, si algun dia llegárais á pisar las africanas arenas, se os pondrán delante las sombras de dos jóvenes tan esbeltos y gallardos como inmerecedores de su muerte desgraciada; la sombra del infante D. Sebastian y la sombra del príncipe Napoleon.

Tened cuidado, señora, con los signos que trace en el suelo la sombra de vuestro hijo: descifrad su escritura y encontrareis lo siguiente:

Entre ruinas y sangre brotó el imperio francés. El héroe de las pirámides muere, en Santa Elena, prisionero de los INGLESES.

Mi padre, perdida la batalla de Sedan, perdió el imperio con ella y muere luego en la nacion de los INGLESES.

Tu hijo, esperanza del tercer imperio, sale de Inglaterra para combatir al Zulú, y muere á la vista de unos cuantos INGLESES.

Con sangre agena se amasaron los cimientos del imperio y con sangre propia hanse visto disolver.

Somos tres víctimas. Y tu la Mártir del siglo XIX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

Don Fernando de la Sierra y Riva-Herrera,

EX-SENADOR DEL REINO Y GRAN CRUZ DE ISABEL

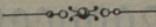
LA CATÓLICA.

Exemo. Sr.: Tenia pensado que el nombre de V. E. figurase al frente de mis escritos filosóficos que se publicarán de nuevo coleccionados, despues de haber visto por primera vez la luz pública en la interesante Revista Madrileña, la Defensa de la Sociedad, pero por causas ajenas á mi voluntad no puedo hacerlo tan pronto como deseo y no puedo tampoco por mas tiempo permanecer sin darle una prueba de mi afecto sincero. Le ofrezco los siguientes fragmentos.

¿Acepta V. E.? Así lo espera su amigo

Bernardino

FRAGMENTOS.



En el estado actual de cosas no es posible publicar íntegro el trabajo de donde están tomados los siguientes párrafos.

Escrito durante el ministerio anterior y dispuesto para ser publicado cinco días antes de la caída del General, por ciertas dificultades ha quedado en el número de los manuscritos.

Por la misma razón le fraccionamos ahora, bien á pesar nuestro; porque no podemos decir la verdad á pesar de nuestra voluntad decidida á elló.

Con esto damos razón de los claros que aparezcan.

TRES CORONAS Y UNA CRUZ.

FRAGMENTOS

INTRODUCCION.

Momentos verdaderamente gloriosos han existido en España desde que el golpe de Sagunto hizo recobrar á D. Alfonso el trono de sus mayores. Todas las glorias sin embargo han recaido en un aventajado general. D. Arsenio Martinez Campos es hoy en nuestra pátria quien solamente puede llevar sobre su cabeza una triple corona, la de la restauracion, la de la guerra carlista, y por último la que dignamente alcanzara en la grande Antilla.

En todo esto encuentro ahora materia para dar á conocer unas cuantas ideas que la reflexion acerca de los acontecimientos ha creado en mi mente, y para que no aparezcan sin fundamento, procuraré patentizarlas de manera que su existencia se juzgue necesaria.

No soy político; pero creo que á pesar de no haber penetrado aún por campo tan espinoso, puedo hacer unas cuantas observaciones. Tal vez confesion tan ingénua llegue á desvirtuar todo cuanto diga; pero de no hermanar la política con la intriga, alguno pondrá cierto grado de atencion aunque sea muy á la ligera: me alegraré porque entonces volverá á leerme. Pero, para quien la política y la intriga sean hermanas gemelas, seguro estoy de su desprecio, porque viendo que ninguna práctica he pasado en semejante carrera, me juzgará unicamente un hombre de buenas intenciones, pero nunca un verdadero hijo de Maquiavelo. Pero me tiene sin cuidado, y á quien tal crea le doy las gracias de antemano sinó pasa sus ojos por mis escritos. Su vista lo inficiona todo.

Voy pues á dar la competente division á mi trabajo segun lo arriba enunciado, aunque si bien es verdad, lo pesado y doloroso procuraré callarlo hasta el extremo.

PRIMERA CORONA.

El año de 1868, cuando la reina madre, reina entonces de España, se encontraba en las provincias vascongadas pasando la temporada de baños, las aguas de Cádiz empezaron á estrellarse contra las rocas de sus históricas murallas, en señal de independendia. No era por ódio al tirano antiguo de Francia, sinó contra una infeliz señora, cuya inmerecida desgracia tanto tiempo antes anunciara en pleno parlamento uno de nuestros mayores tribunales. Los hijos de la revolucion triunfaron. Todos recordamos aún los infamantes libelos que únicamente se pensaron y villanamente se hicieron públicos contra una señora, que

por sola tal circunstancia, merecia el respeto de todos sus súbditos.

Doña Isabel, derrotados y vendidos sus leales en Alcolea, tuvo que atravesar el Pirineo, no pensando ciertamente lo caras que debian ser las aguas del Cantábrico cuando salió del Alcázar madrileño.

Como no es mi ánimo decir nada de cuanto los periódicos de entonces publicaron en sus columnas, ni tampoco trasladar á mis escritos los nombres de cuantos aparecieron en primera línea, ya como paladines de la *prometida* y hasta ahora negada *libertad*, ya como víctimas de enconos reconcentrados, me circunscribo al tránsito de tan infeliz señora á suelo extranjero, llevando los hijos que el cielo se ha dignado concederla.

Muy niño era aún el actual monarca. Tal vez por eso no conoceria la suma trascendencia de verse en suelo extranjero, aun cuando mas tarde al reconocer la sombra de Carlos V, sobre las aguas del Danubio, no podria menos de jurar la defensa de su madre. Ya era jóven y á pesar de eso, por sí mismo se preparaba para conquistar el trono.

El que poco antes de la revolucion se paseaba, sinó silencioso al menos pensativo, por el camino de la Mora en Carrion de los Condes, el Sr. Cánovas del Castillo, entonces desterrado, fué tal vez elegido por el destino para que Alfonso XII colocara en él toda su confianza. Era natural. Al golpe de Martinez Campos en Sagunto debia corresponder un hombre del talento del Sr. Cánovas para estar al frente del Ministerio. ¡Viva el rey! se oyó en Sagunto y Cánovas constituyó el ministerio regencia y Martinez Campos recoje su primera corona.

A pesar de mis peculiares opiniones encuentro dos figuras simpáticas en medio de tantos y tan difíciles acontecimientos. En primer lugar, un jóven que sube al trono sin mas amparo que su derecho, en medio del asombro general, por echar de ver en él tanta grandeza de ánimo ayudándole en su empresa, quizás inconscientemente los que le obligaron á recojerse al regazo de su madre, para ponerse en salvo en la vecina Francia: y en el segundo un caudillo.

Fué natural y espontáneo su grito de viva D. Alfonso XII? Entonces su inspiracion del momento fué la del génio. Su acento restableció la monarquía.

De todos modos él mismo leeria en su conciencia lo que como mas necesario y justo debia establecerse. Para el caso era omnipotente. *Lo podia hacer; quiso hacerlo; y lo hizo.* Habia un partido *in fieri* el cual solamente llegaría á la existencia siendo el éxito favorable. Martinez Campos sacó victoriosamente la espada y el partido liberal conservador salió inmediatamente tras ella.

SEGUNDA CORONA.

¡Tremendo es el azote de una guerra civil! Podrá existir un momento en que se crea necesaria su existencia, pero nunca ha de encontrar una verdadera justificacion.

La ignorancia de los medios para llegar á un arreglo sinó en todo completo, al menos en parte, no debe colocar las armas en manos fraternales. ¡Y sus consecuencias cuan terribles no van poco á poco dejándose aparecer!

¿Peligra la religion? Mentira. Es inmortal é inmensa. Inmortal, porque es la esencia bajo el punto de vista moral del alma, y el alma no tiene fin; inmensa, porque donde haya ó pueda existir cosa alguna por ínfima que sea, allí hay lugar para una ara y un altar; allí puede consumarse un sacrificio. Propia y esencial á los séres contingentes, tuvo principio con la primera existencia contingente, y como no todas han de perecer será eterna con posterioridad. ¿Peligra la pátria?... ¿Cómo?... ¿A manos de sí misma? No es posible. Cierto que puede haber gente aventurera que en ciertos lemas llegue á leer el mandato de Dios. No por eso se la debe condenar al desprecio: oígasela y si no es posible complacerla, obrando justamente con ella, el descrédito será su ruina. Los que buscan el verdadero bien de la pátria no la destrozan, y si en medio de trastornos y torrentes de sangre llegase á triunfar su idea, sería tan solamente un efecto desastroso de los muchos que la fatalidad nos proporciona cuando Dios nos entrega á nosotros mismos. Estaria la pátria oprimida, es verdad, pero esperaría pacientemente el anhelado momento de romper las cadenas para envolver en sus pedazos á cuantos, poco ha, gozaran en su desconsuelo.

La religion y la pátria no se encierran en una sola idea. Son de todos y para todos.

Mas á pesar de ser así, atendiendo siempre á intereses particulares, muchas veces las masas se lanzan al campo de batalla guiadas por quien mas audacia lleva en el corazon. Si triunfan, el éxito santifica su derecho y una dificultad nueva aparece.

Seguia la revolucion su marcha tranquilamente, una vez que se veia triunfante por completo. Por las fuertes conmociones dejadas sentir de cuando en cuando, no

clasifiquemos de volcánico su estado. Así las cosas, empieza el carlismo en el Norte con un célebre Triunvirato organizador, el Cura Santa Cruz, el Cura de Orio, y Goiriena, Cura también.

La muerte de García y Ulibarri dió á entender que acudían al llamamiento notables jefes. Crece de día en día la facción, y se estiende por muchas partes de la península; sin embargo aun el miedo no existía.

Por el Centro y Cataluña no era despreciable la fuerza que desplegaban. Tembló Teruel, y La-Seo fué presa suya. Sin embargo, solamente una noticia llenó de alarma á Madrid y luego contristó á España. El general Moriones, tan bravo como pundonoroso, pedia nuevos refuerzos y un nuevo general, desde las estribaciones de Somorrostro. ¡Momento terrible! Pero Avanto, las Muñecas, el Montañó y por último Bilbao, se vieron libres de las huestes carlistas. Triunfaron Serrano y Concha. Primo de Rivera se retiró á curar su herida. ¡Llor al valiente! Entre tanto los carlistas del Centro y Cataluña huían al trotar del caballo de Martinez Campos. Huelva y Cantavieja no son ya del Pretendiente y Urgel volvió de nuevo á su dueño. Y á todo esto, ¡siempre Martinez Campos.

¡Estella! solamente falta Estella. Fuerte é indomable como buena Navarra espera las fuerzas combinadas de todos los primeros generales de nuestro ejército. Conquistadla, porque es rebelde; pero en la victoria perdónadla, porque con su valor y arrojo dá á entender al mundo que el génio español nunca muere.

Bilbao fué la ciudad del heroísmo: Justas fueron las fiestas que se celebraron: llenas de entusiasmo sucederán otras terminada la guerra, pero no sin que el luto cubra de negro los corazones y llene las almas de dolor. La

muerte prepara en Atocha una nueva sepultura, y sucumbe en Montemuro uno de los mejores generales de Europa. El marqués del Duero pasa del campo de la gloria al campo de la inmortalidad. ¡Ved como una bala traidora, en momentos dados, crea los héroes!

¡Momento de confusion terrible fué aquel! ¿Se apercibirian los carlistas de tanto desórden? ¡Quién sabe! El resultado fué, que lanzados de Estella, despues quedó España por Alfonso XII. Martinez Campos se habia corrido desde Cataluña, fué al Norte á recojer los laureles de una nueva victoria, y España entera le saludó al pasar con el monarca por el arco de triunfo, en la calle de Alcalá de Madrid

Ya tiene una segunda corona, magnífica en verdad, aun cuando las flores que la compongan se vean salpicadas con sangre española. ¡Dichoso caudillo! ¡Cuántas bendiciones te habrán echado las madres luego que hayan visto á sus hijos pisar los dinteles de la casa paterna!

Pero aún hay mas. Prepárate para cruzar los mares y alcanzar el término á que puede llegar un General.

TERCERA CORONA.

La grande Antilla.

(Siento muchísimo tener que omitir toda esta tercera parte, porque corre peligro su publicacion. Por lo demás no guardo miedo de ningun género cuando digo la verdad.)

LA CRUZ.

He dicho que lo triste doloroso procuraría ocultarlo hasta el extremo. Ya hemos llegado al oportuno lugar y procuraré en cuanto me sea posible, rociar las heridas, si alguna hubiere, con suavísimo bálsamo.

¡La política! ved un mar en cuyo fondo no ha rodado aún la senda. Mar sin orillas y sin piedad, que lo mismo sepulta en sus aguas á los diestros marineros que á los inocentes é incáutos.

En su estado borrascoso hace desaparecer instantáneamente los navíos de gran potencia, y de cuando en cuando con su tranquilidad superficial, engaña á los atrevidos. El que entra en él, mas tarde ó mas temprano llega á verse envuelto en inopinada borrasca.

¡Algo encerrará en su fondo cuando á pesar de todo tantos se lanzan para arrastrar sus iras!

No soy filósofo ni aún en crisálida. Me horrorizaría sobre todo semejante situacion, solo al pensar que llegado á filósofo lepidóptero pudiera servir de alimento á cierta clase de pájaros.

Lo digo, porque si fuera filósofo aún en ínfimo grado, podría dar alguna definicion de la política, nueva por supuesto, porque en estos tiempos todos somos, digo, nos tenemos por unos génios.

Diria si es arte ó ciencia; hablaría de la combinacion del elemento histórico con el filosófico, que sonando mucho, nada dice; habiendo solamente un sistema filosófico podia pasar, pero entre tantos y tantos, ¡pobre historia! *cuantas idas y venidas, cuantas vueltas y revueltas*, la pondrian en tortura.

Supongo que si algun moderno publicista se diese por aludido, no me negará el perdon. Sepa que no merezco alguna alabanza. Encontrando en los periódicos algun suelto donde se me ensalce, tenga entendido que le he escrito yo mismo.

¡Cuánta ignorancia ó cuanta soberbia...! ó las dos cosas.

Preguntará alguno que á donde vamos á parar con tal exordio. Á Martinez Campos y, siempre Martinez Campos!

CONCLUSION.

He concluido. ¿Habrà alguno que me llame soñador? No lo dudo: el que mas sueñe.

¿Qué causa me ha impulsado á tomar la pluma? El bien de la patria.

¿Por qué al decir unas cosas he callado otras? Porque hay cosas que se deben decir y cosas que se deben callar. Para algo es la inteligencia del hombre. Que analice, compare y deduzca.

¿Cuáles son mis ideas políticas? No hace falta decirlo. Con todo responderé que amo al verdadero sufragio: alabo al diputado que vota las leyes atendiendo siempre al bien de la patria y á su conciencia; detesto al que se deja dominar por imposiciones de magnates. Ante todo el bien de la patria, el bien general.

No hay mayor absurdo que un legislador con miras particulares.

Fin de los fragmentos del folleto.

Aquí terminan, lector, mis ¡POBRES PÁGINAS! Quizá algunos reciban cierto placer leyéndolas y otros criticándolas. Así es el mundo. Si los segundos lo hacen *por sistema* les daremos las gracias, siempre que su consejo sea sano. La verdad la recibimos de cualquiera. Pero si por *un quitame esas pajas* no echaran de ver la *viga en sus ojos*, les diremos lo de un poeta latino:

Para corregir se necesita ser incorregible.



Supongo que si algun moderno publicista se diese por aludido, no me negará el perdon. Sepa que no merezco alguna alabanza. Encontrando en los periódicos algun suelto donde se me ensalce, tenga entendido que le he escrito yo mismo.

¡Cuánta ignorancia ó cuanta soberbia...! ó las dos cosas.

Preguntará alguno que á donde vamos á parar con tal exordio. Á Martinez Campos y, siempre Martinez Campos!

CONCLUSION.

He concluido. ¿Habrà alguno que me llame soñador? No lo dudo: el que mas sueñe.

¿Qué causa me ha impulsado á tomar la pluma? El bien de la patria.

¿Por qué al decir unas cosas he callado otras? Porque hay cosas que se deben decir y cosas que se deben callar. Para algo es la inteligencia del hombre. Que analice, compare y deduzca.

¿Cuáles son mis ideas políticas? No hace falta decirlo. Con todo responderé que amo al verdadero sufragio: alabo al diputado que vota las leyes atendiendo siempre al bien de la patria y á su conciencia; detesto al que se deja dominar por imposiciones de magnates. Ante todo el bien de la patria, el bien general.

No hay mayor absurdo que un legislador con miras particulares.

Fin de los fragmentos del folleto.

Aquí terminan, lector, mis ¡POBRES PÁGINAS! Quizá algunos reciban cierto placer leyéndolas y otros criticándolas. Así es el mundo. Si los segundos lo hacen *por sistema* les daremos las gracias, siempre que su consejo sea sano. La verdad la recibimos de cualquiera. Pero si por *un quitame esas pajas* no echaran de ver la *viga en sus ojos*, les diremos lo de un poeta latino:

Para corregir se necesita ser incorregible.



Fin de los fragmentos del folleto.

Para terminar, lector, mis felicitaciones! Quiza algunas veces se ha hecho el intento de hacer un tratado de la vida de los santos. Si los santos lo hacen por sistemas, los buenos las virtudes, siempre que en consejo sea. La verdad la verdad de cualquier. Pero si por que quisiere esas cosas no echan de ver la vida en sus ojos, los buenos lo de un poeta latino.

Para concluir se necesita ser incorruptible

CONCLUSION



Precio, 4 rs.